

“No me sueltes, no me dejes”

Hagamos presente a Jesús que somos niños. Y los niños, los niños chiquitines y sencillos, ¡cuánto sufren para subir un escalón! Están allí, al parecer, perdiendo el tiempo. Por fin, han subido. Ahora, otro escalón. Con las manos y los pies, y con el impulso de todo el cuerpo, logran un nuevo triunfo: otro escalón. Y vuelta a empezar.

18 de diciembre

¡Qué esfuerzos! Ya faltan pocos...,
pero, entonces, un traspiés... y
¡hala!... abajo. Lleno de golpes,
inundado de lágrimas, el pobre niño
comienza, recomienza el ascenso.
Así, nosotros, Jesús, cuando estamos
solos. Cógenos Tú en tus brazos
amables, como un Amigo grande y
bueno del niño sencillo; no nos dejes
hasta que estemos arriba; y entonces
–¡oh, entonces!–, sabremos
corresponder a tu Amor
Misericordioso, con audacias
infantiles, diciéndote, dulce Señor,
que, fuera de María y de José, no ha
habido ni habrá mortal –eso que los
ha habido muy locos– que te quiera
como te quiero yo. (Forja, 346)

Estoy siguiendo mi oración en voz
alta, y vosotros, cada uno de
nosotros, por dentro, está confesando
al Señor: Señor, ¡qué poco valgo, qué
cobarde he sido tantas veces!
¡Cuántos errores!: en esta ocasión y
en aquélla, y aquí y allá. Y podemos

exclamar aún: menos mal, Señor,
que me has sostenido con tu mano,
porque me veo capaz de todas las
infamias. No me sueltes, no me dejes,
trátame siempre como a un niño.
Que sea yo fuerte, valiente, entero.
Pero ayúdame como a una criatura
inexperta; llévame de tu mano,
Señor, y haz que tu Madre esté
también a mi lado y me proteja. Y así,
possumus!, podremos, seremos
capaces de tenerte a Ti por modelo.

No es presunción afirmar *possumus!*
Jesucristo nos enseña este camino
divino y nos pide que lo
emprendamos, porque Él lo ha hecho
humano y asequible a nuestra
flaqueza. Por eso se ha abajado
tanto. *Este fue el motivo por el que se
abatió, tomando forma de siervo
aquel Señor que como Dios era igual
al Padre; pero se abatió en la
majestad y potencia, no en la bondad
ni en la misericordia.*

La bondad de Dios nos quiere hacer fácil el camino. No rechazemos la invitación de Jesús, no le digamos que no, no nos hagamos sordos a su llamada: porque no existen excusas, no tenemos motivo para continuar pensando que no podemos. Él nos ha enseñado con su ejemplo. *Por tanto, os pido encarecidamente, hermanos míos, que no permitáis que se os haya mostrado en balde un modelo tan precioso, sino que os conforméis a Él y os renovéis en el espíritu de vuestra alma. (Es Cristo que pasa, 15)*
